

Hemos escuchado esta maravillosa profecía del profeta Ezequiel, que en la Iglesia se interpreta en la figura de Jesús muriendo en la cruz y de cuyo costado, rasgado por la lanza, fluyen el agua y la sangre.

Este río de agua que fluye desde el lado derecho del templo es interpretado por San Juan Evangelista como un **signo, semejante a la muerte de Jesús en la cruz.**

Así, pues, de las aguas del costado de Cristo fluyen ríos de gracia!

Así que nosotros que somos creyentes, que confiamos en Jesús, que creemos en los Sacramentos, debemos dar gracias a nuestro Salvador que no quiso simplemente ofrecernos una imagen, como lo hizo en su tiempo con Ezequiel, sino realizar en su cuerpo este gran misterio, este don.

Hoy conmemoramos la *Dedicatoria de la Basílica de Letrán* y estos pasajes nos recuerdan precisamente que la Iglesia física es sólo una imagen, un símbolo de la Iglesia espiritual, la verdadera, la que ofrece precisamente a sus discípulos la gracia de poder vivir: *vivirá todo ser que se mueva por donde llegue la corriente.*

Tenemos a nuestra disposición esta corriente de gracia que nos llega a través de la Iglesia, de los pastores, de la palabra de Dios, de los Sacramentos.

Esta agua puede hacernos revivir!

Para que esto suceda, **es necesario que nosotros también queramos revivir, queramos aceptar la propuesta de vida nueva que Jesús nos ofreció, queramos abandonar al hombre viejo que se corrompe, dice San Pablo, detrás de las pasiones engañosas y vestir al hombre nuevo creado según Dios.**

Sus frutos no cesarán y cada mes madurarán para que las aguas fluyan del santuario; los frutos servirán de alimento y las hojas de medicina.

Así que, tenemos todo a nuestra disposición, **sólo nos falta el coraje, la humildad y el deseo de decir: ven, Señor, inúndame con estas aguas, envuélveme, lávame, renégame, renégame con estas aguas que brotan del costado de Cristo, porque quiero vivir la vida verdadera, la vida nueva, esa vida que brota de ti, esa vida espiritual que brota del Cielo, que puede transformar y hacer bella y significativa hasta la vida material que brota de la tierra.**

Que el Espíritu del Señor nos haga comprender que incluso la vida natural, carnal y terrenal, si se rocía con estas aguas, puede ser transformada y volverse viva y floreciente.

Alabado sea Jesucristo.